JUAN PABLO CASTEL, ENTRE LA NEUROSIS Y EL CRIMEN

Acontece que el amor se concilia con el odio más violento al ser amado cuando un amante, a pesar de todos los esfuerzos y de todas las súplicas, no puede a ningún precio hacerse escuchar. Enardécele entonces el odio contra la persona amada, llegando hasta el punto de matar a la que quiere...

SCHOPENHAUER

«Soy Pozdnichef, el hombre a quien ha ocurrido el episodio de haber matado a su mujer»; estas son las palabras que recordamos cuando Juan Pablo Castel, pintor de treinta y seis años, sin ningún circunloquio, se presenta ante los que leerán su historia:

«Bastará decir que soy Juan Pablo Castel, el... que mató a María Iribarne...» [11]. Desde las primeras líneas del relato casteliano sentimos la innegable similitud que existe entre el temperamento del comerciante ruso que protagoniza *La sonata a Kreutzer,* de León Tolstoy, y el pintor argentino; comprendemos que su especial estructura psicológica lo conducirá también, e irremediablemente, a un drama y que nos vamos adentrando, sin lugar a dudas, en la historia de un anormal, para ser más exactos, en la de un neurótico.

Comenzaremos este estudio tratando de demostrar nuestra última afirmación a la luz de las teorías —muy convincentes— de Karen Horney, expuestas en su obra *La personalidad neurótica de nuestro tiempo.* La doctora Horney, apoyándose en el método y en las investigaciones del creador del Psicoanálisis —Sigmund Freud—, ha logrado —muchas veces apartándose de los caminos abiertos por el maestro— introducirse e introducirnos en uno de los más interesantes y difíciles problemas del mundo psíquico actual: la neurosis.

Naturalmente, para comprender nuestra afirmación referente al trastorno de Castel y para darse cuenta de qué se entiende por persona neurótica, comenzaremos por definir este fenómeno mental. Para Karen Horney, «la neurosis es un trastorno psíquico producido por temores, por defensas contra los mismos y por intentos de establecer soluciones de compromiso entre las tendencias en conflicto» (1). Pero la autora recalca más adelante que «sólo conviene llamar neurosis a este trastorno cuando se aparta de la norma vigente en la cultura respectiva» (2). El individuo que padece esta deficiencia es, pues, un

(1) Karen Horney: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo,* Biblioteca de Psicología Profunda, Editorial Paidos, Buenos Aires, 1951, p. 43.

(2) Karen Horney: *Ob. cit.,* p. 43.

anormal, ya que Karen Horney considera anormal a la persona cuya manera de vivir, cuyos sentimientos, actitudes, reacciones, etc., no coinciden con alguno de los tipos aceptados en nuestra época y en nuestra cultura. Según esto, un individuo puede ser neurótico en un medio cultural y no en otro. Por ejemplo, sería anormal en nuestra cultura una muchacha que careciera por completo de afán de competencia o, por lo menos, de afán de emulación, pero no lo sería si viviese en una tribu de indios.

Como comprenderemos perfectamente, la vaguedad de la definición que hemos anotado, procuraremos sintetizar los caracteres propios del trastorno a que nos referimos y del individuo que lo sufre.

Porque los sentimientos y actitudes son plasmados, en gran medida, por las condiciones bajo las cuales vivimos, y porque todo adulto ha tenido forzosamente que ser niño, para comprender una neurosis es necesario conocer en detalle las circunstancias de la vida individual y, en particular, la infancia.

En primer término, conviene tener presente que el neurótico es siempre un sujeto que sufre. Nuestro personaje, Juan Pablo Castel, también. El lo afirma y nosotros lo sabemos sin necesidad de que lo diga. Castel vive angustiado y parece que su vida ha sido siempre igual. La angustia y las defensas levantadas contra ella se encuentra en todas las neurosis. Puede producir esta sensación el hecho de que en la infancia haya habido ausencia de auténtico afecto y cariño. Desgraciadamente para nuestro estudio, Castel ha centrado sus dificultades exclusivamente en el amor (del que luego hablaremos para referirnos a los caracteres que adquiere este sentimiento en los neuróticos), y de su infancia prácticamente no nos dice nada. Sólo cuando se refiere a la vanidad, por asociación mental, que es tan característica en él, hace un recuerdo:

«Cuando yo era chico y me desesperaba ante la idea de que mi madre debía morirse un día (su preocupación tan temprana por la muerte lo revela como cerebrotónico)..., no imaginaba que mi madre pudiera tener defectos. Ahora que no existe, debo decir que fue tan buena como puede llegar a serlo un ser humano. Pero recuerdo, en sus últimos años, cuando yo era un hombre, cómo al comienzo me dolía descubrir debajo de sus mejores acciones un sutilísimo ingrediente de vanidad o de orgullo» [14]. Por lo que podemos deducir, la falta de afecto por parte de la madre no se produjo en la infancia de Castel. Es posible que por el lado del padre o los hermanos (ni siquiera sabemos si los tuvo o no) se hayan producido motivos de angustia, pero nada podemos asegurar. En todo caso, la angustia in-

fantil no siempre tiene sus causas en la falta de afecto paterno. En muchas ocasiones proviene de la frustración de los deseos del niño, cuando dicha frustración es impuesta por un espíritu injusto o desacertado.

Antes de continuar refiriéndonos a la angustia infantil es conveniente recordar que toda sensación de este tipo se genera siempre por impulsos hostiles conscientes o inconscientes. Desde muy niño el ser humano debe reprimir su hostilidad, y esta represión es la causante de la angustia, que podemos definir como el sentimiento de un peligro poderoso e ineludible ante el cual el individuo se halla totalmente inerme. La angustia y la hostilidad están, pues, profundamente entrelazadas.

Todo niño, sin darse cuenta, tiende a reprimir la hostilidad contra los padres, hostilidad que puede ocasionarse por los motivos ya indicados, por un sentimiento inconsciente de indefensión («Tengo que reprimir mi hostilidad, porque te necesito»), por timidez («Debo reprimir mi hostilidad porque te tengo miedo»), por amor («Tengo que reprimir mi hostilidad porque te quiero y no deseo perder tu cariño») o por el deseo de no ser considerado despreciable («Tengo que reprimir mi hostilidad, ya que si no lo hago me encontrarás malo»).

Mientras más encubra el niño su inquina contra la propia familia, en mayor grado proyectará luego su angustia al mundo exterior, llegando a convencerse de que este mundo, en general, es peligroso y terrible. Las hostilidades infantiles reprimidas «favorecen o producen un estado caracterizado por el sentimiento de hallarse solo y desarmado en medio de un mundo hostil» (3).

Ahora bien, lo primero que llama la atención en el relato casteliano es, precisamente, esta actitud de hostilidad general, que manifiesta primero contra el mundo y luego contra las personas en particular. Siguiendo el razonamiento de Karen Horney es que hemos pensado en raíces infantiles, probables generadoras de la neurosis del asesino de María Iribarne. Su relato está interrumpido continuamente por afirmaciones como las siguientes:

«Que el mundo es horrible es una verdad que no necesita demostración» [12]...

«No me hago muchas ilusiones acerca de la humanidad en general» [15]...

«En general, la humanidad me pareció siempre detestable» [53].

«Desprecio a los hombres, los veo sucios, feos, incapaces, ávidos, groseros, mezquinos...» [94].

(3) Karen Horney: *Ob. cit.*, pp. 107 y 108.

Esta angustia que se le produce al neurótico, llamada «angustia básica» por la autora que seguimos, tiene consecuencias en la actitud del sujeto respecto de sí mismo y de los demás. «Significa... un aislamiento emocional... Entraña... un debilitarse del fundamento mismo en que reposa la autoconfianza. Establece el germen de un conflicto potencial, entre el deseo de confiar en los demás y la incapacidad de abandonarse a esta inclinación, a causa del profundo recelo y de la hostilidad que se profesa hacia ellos» (4).

Todo individuo angustiado, sin darse cuenta generalmente, busca medios para protegerse de la angustia que le ocasiona desconfianza hacia el género humano. Uno de estos medios es el cariño («Si me quieres, no me harás mal»); otro, el sometimiento a las normas tradicionales, a los ritos de alguna religión, a los requerimientos de algún personaje poderoso o de las personas con quienes se convive («Si cedo en algo, no me harán mal»); un tercer medio es el poderío («Si soy poderoso, nadie podrá dañarme»); por último, el aislamiento («Si me aíslo, nadie podrá dañarme»).

Nuestro personaje, dado su temperamento esquizotímico y cerebrotónico, hasta la edad de treinta y seis años ha elegido este último camino. En su relato, él y María, que acaba de aparecer en su vida, son los personajes principales y, en realidad, únicos. Nos damos cuenta claramente de que si Castel tiene familia, no se relaciona con ella; con toda seguridad, porque su familia es «despreciable». Si vive en un sitio en que también hay otras personas, es seguro que apenas las saluda, ya que son seres «viles» y «dispuestos a sacar provecho de los demás». Ni siquiera su actividad de pintor le ha traído amistades:

«De todos los conglomerados —afirma—, detesto particularmente el de los pintores. En parte, naturalmente, porque es el que más conozco, y ya se sabe que uno puede detestar con mayor razón lo que conoce a fondo» [24].

El hecho de ser pintor lo ha obligado a conocer críticos, pero esta sola palabra lo enerva:

«Los críticos: es una plaga que nunca pude atender» [24].

Es muy extraño y muy anormal que exista un pintor que, entre los compañeros de oficio y los críticos, considere que no hay uno solo susceptible de constituir excepción.

---

(4) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 113.

Estos cuatro ensayos de protección contra la angustia básica que hemos mencionado, de los cuales Castel ha elegido, hasta los treinta y seis años, el aislamiento, no son impuestos al neurótico por el deseo de satisfacer un anhelo de goce o felicidad, sino por el impulso de alcanzar el sentimiento de seguridad, la tranquilidad que precisa todo ser humano.

Sin embargo, el aislamiento solo no ha proporcionado a Castel la ansiada tranquilidad. En general, es raro que nada más uno de estos ensayos de protección contra la angustia sea el empleado por el neurótico. Por lo común, «la seguridad contra una poderosa angustia subyacente no se busca por un solo camino, sino por varios» (5), que, en muchos casos, son incompatibles entre sí. Esto, desde luego, trae un adentrarse del neurótico en un círculo vicioso, pues le ocasionará mayor angustia el hecho de sentirse «imperiosamente compelido a dominar a todo el mundo y a pretender ser amado por todos, a someterse a los otros y a imponerles su propia voluntad, a desligarse de la gente y a querer su afecto» (6).

Nuestro Castel, que eligió la soledad y el aislamiento, uno de los medios más ineficaces, pero el que mejor se avenía con su temperamento esquizotímico y cerebrotónico, lo hizo, seguramente, porque le ocurrió lo que a casi todos los neuróticos: su agresividad —característica en este tipo de anormalidad— sus exigencias y sus críticas le trajeron como consecuencia la hostilidad de los otros. No le es grato a Castel reconocerlo, pero ciertas afirmaciones pesimistas que contiene su relato y todo lo que nos cuenta sobre sus relaciones con María Iribarne nos lo dan a entender:

«Me caracterizo por recordar preferentemente los hechos malos y, así, casi podría decir que "todo tiempo pasado fue peor", si no fuera porque el presente me parece tan horrible como el pasado; recuerdo tantas calamidades, tantos rostros cínicos y crueles, tantas malas acciones, que la memoria es para mí como la temerosa luz que alumbra un sórdido museo de la vergüenza» [11].

En el amor, que habría podido ser su salvación, tampoco la vida se portó pródiga con él:

«Desgraciadamente —afirma— estuve condenado a permanecer ajeno a la vida de cualquier mujer» [19].

Hemos dicho que el aislamiento no ha sido una solución para Pablo Castel y su angustia. Y no lo ha sido, principalmente, porque el

(5) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 117.
(6) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 117.

afán de recibir afecto —ese afecto del que parece no haber gozado jamás— es una característica infaltable en quien padece neurosis. «El anhelo de recibir afecto y cariño es tan común en los neuróticos y tan fácil de advertir para todo observador idóneo, que puede conceptuárselo como uno de los más fieles signos de la angustia reinante y de su intensidad aproximada. Nada de extraño hay en esto si tenemos presente que al sentirse totalmente desarmado frente a un mundo siempre amenazante y hostil, el neurótico tratará de obtener cariño y amor como el recurso más lógico y directo para ser objeto de benevolencia, ayuda o aprecio» (7).

El solitario Castel encuentra el amor... y lo destruye él mismo. Conoce a María Iribarne en una exposición de sus cuadros. El aspecto físico de la muchacha —de veintiséis años aproximadamente— no le llama la atención. Ella está observando un detalle insignificante de una de sus telas, un detalle en el que nadie ha reparado y en el que el pintor se ve a sí mismo. Ese detalle (una ventanita a través de la cual se divisaba una playa solitaria y una mujer que miraba el mar) lo representa profundamente, ya que sugiere «una soledad ansiosa y absoluta» [16]. La muchacha observa minuciosamente la escena, y él, a su vez, la contempla anhelante porque deduce que si sólo ella ha reparado en ese detalle que para él lo es todo, es porque la muchacha es su igual, es decir, está sola y aislada del mundo entero y, por lo tanto, siente como el pintor.

Pero, pese a este convencimiento, afloran en Castel las neuróticas inhibiciones para establecer nexos con los demás, su eterna y esquizotímica timidez, su cerebrotónica inseguridad, su temor a los seres humanos, y deja pasar la oportunidad de hablarle.

Regresa a su casa nervioso, descontento, triste. A partir del siguiente, va todos los días al salón, hasta su clausura, con la esperanza de volver a verla. Desde entonces pinta sólo para ella. Necesita desesperadamente encontrarla porque se parece a él y, pareciéndose, lo comprenderá y, comprendiéndolo, podrá darle la ansiada seguridad. (Para el neurótico, el amor no es más que un medio de aferrarse a alguien para satisfacer las propias necesidades psíquicas. La angustia le impone la tenaz unión a otra persona.)

Por fin, un día la ve en la calle. Todos los subterfugios que había imaginado para hablarle, todas las frases que su mente había elaborado para entrar en relación con ella se borran y confunden. No atina más que a seguirla hasta que finalmente le hace una pregunta torpe

---

(7) Karen Horney: *Ob. cit.*, pp. 135 y 136.

acerca del edificio en que se encuentran. La muchacha le responde y se sonroja. El sonrojo le da una oportunidad para iniciar una conversación del todo sorprendente y que asusta a la joven. Esta responde temblorosa, pero huye y él la pierde de vista. La depresión y la angustia vuelven a hacer presa de él. En esta oportunidad, Castel no hace más que comportarse como un cerebrotónico que acusa en grado elevado el rasgo que Sheldon califica como capacidad para reaccionar en forma excesivamente rápida. Estos individuos —explica Sheldon— responden con tanta rapidez a los estímulos que tienden, en presencia de una nueva relación social, a «aturullarse», a confundirse en sus propias reacciones. Los tropiezos verbales, las excesivas respuestas faciales, los embarazosos comienzos falsos en la conversación, en síntesis, el tropiezo consigo mismo, son característicos.

Otro día —ha hecho guardia en el edificio en que ella ha entrado desde la mañana a la noche («La primera característica que nos llama la atención en la necesidad neurótica de afecto es su compulsividad. La obtención del cariño no es, para el neurótico, un mero flujo, ni, fundamentalmente, un motivo de mayor energía y placer, sino una genuina urgencia vital» (8)—, vuelve a encontrarla y, demostrando una audacia desesperada que se contradice con su habitual timidez, la coge de un brazo con brutalidad y la arrastra durante dos cuadras hasta una plaza. Allí, atropelladamente, en forma autoritaria, dominadora e inconcebible en quien está prácticamente frente a una desconocida, la interroga sobre su conducta anterior (la huida) y le asegura que la necesita con urgencia en su vida. Le suplica que no se vaya nunca más y le habla de la escena del cuadro.

Esta conducta de Castel, tan en desacuerdo con la idea que nos hemos formado de él, no hace sino confirmar otro de sus innumerables rasgos cerebrotónicos: la imposibilidad de predecir la actitud y el sentimiento de estos individuos. Hay tal falta de uniformidad en su conducta y panorama mental, sus actitudes están sujetas en tal forma a cambios repentinos y desconcertantes que pueden ser incluidos perfectamente dentro de esa categoría de personas a las que otras denominan «un misterio».

Durante toda la entrevista, María demuestra una docilidad cansada. Quedan de verse pronto. La palabra «amor» no ha sido mencionada por ninguno de los dos, pero ambos la dan por expresada. Sin embargo, la muchacha, que es, efectivamente, un ser solitario y difícil, tal vez tan neurótica como el mismo Castel, se despide con las palabras siguientes:

---

(8) Karen Horney: *Ob. cit.*, pp. 135 y 136.

«—No sé qué ganará con verme. Hago mal a todos los que se me acercan...» [50].

Al día siguiente mantienen una conversación telefónica agitada y extraña, en la que ambos pugnan por declararse amor, pero no lo hacen. La muchacha, sobre todo, que se siente muy perturbada por la presencia en su vida de ese hombre impulsivo y difícil de comprender, sólo atina a decirle que ha pensado mucho.

«¿En qué?», le pregunta anhelante Castel.

«En todo», responde, con la vaguedad que le caracteriza.

«¿Cómo en todo? ¿En qué?», insiste él con impaciencia.

«En lo extraño que es todo esto..., lo de su cuadro..., el encuentro de ayer..., lo de hoy..., qué sé yo...»

Castel se irrita por la imprecisión de ella y responde:

«Sí, pero yo le he dicho que no he dejado de pensar en usted... Usted no me dice que haya pensado en mí.»

Ella no contesta inmediatamente (no se caracteriza, precisamente, por la prontitud de sus reacciones). Con la misma imprecisión y cansancio que ya han irritado a Castel, agrega:

«Le digo que he pensado en todo...»

«No ha dado detalles...»

«Es que todo es tan extraño, ha sido tan extraño... Estoy tan perturbada... Claro que pensé en usted...»

El corazón de Castel da un vuelco al escuchar las últimas palabras. Pero él precisa detalles («Me emocionan los detalles, explica, no las generalidades») y, atropelladamente, con la ansiedad que es una constante en su perturbado espíritu, continúa averiguando:

«Pero, ¿cómo, cómo...?) Yo he pensado en cada uno de sus rasgos, en su perfil, cuando miraba el árbol, en su pelo castaño, en sus ojos duros y cómo de pronto se hacen blandos, en su forma de caminar...» [52].

Pero ella interrumpe su efusión verbal, advirtiéndole que tiene que cortar la comunicación, pues viene gente. Pese a que el brusco fin de la conversación lo desespera y a que confiesa haber pasado luego una noche agitada que lo obliga a levantarse y a salir a caminar, le sucede algo muy extraño: mira, por primera vez, con simpatía a todo el mundo; olvida momentáneamente su hostilidad hacia el género humano. Describe así su reacción:

«Me pasaba algo muy extraño: miraba con simpatía a todo el mundo. Creo haber dicho que me he propuesto hacer este relato en forma totalmente imparcial, y ahora daré la primera prueba, confesando uno de mis peores defectos: siempre he mirado con antipatía y hasta con asco (obsérvese que su demofobia y su androfobia son, incluso, físicas) a la gente, sobre todo a la gente amontonada; nunca he soportado las playas en verano, los partidos de fútbol, las carreras, las manifestaciones. Algunos hombres, algunas mujeres aisladas me fueron muy queridos, por otros sentí admiración, por otros tuve verdadera simpatía; por los chicos siempre tuve ternura y compasión, sobre todo cuando, mediante un esfuerzo mental, trataba de olvidar que al fin serían hombres como los demás; pero en general la humanidad me pareció siempre detestable. No tengo inconvenientes en manifestar que a veces me impedía comer en todo el día o me impedía pintar durante una semana al haber observado un rasgo; es increíble hasta qué punto la codicia, la envidia, la petulancia, la grosería, la avidez y, en general, todo ese conjunto de atributos que forman la desgraciada condición humana pueden verse en una cara, en una manera de caminar, en una mirada... Esa noche, pues, mi desprecio por la humanidad parecía abolido, o por lo menos transitoriamente ausente» [53 y 54].

Hemos transcrito el párrafo completo porque es uno de los más reveladores de la psicología de nuestro personaje y porque demuestra hasta qué punto su angustia habría podido ser superada si hubiera encontrado el verdadero amor. Como vemos, su necesidad de afecto es tan compulsiva, tan apremiante, que incluso la esperanza de haberlo logrado lo hace olvidar completamente su hostilidad contra el género humano.

Karen Horney anota que en los neuróticos el afán de que se les aprecie o quiera es tan desesperado que «un saludo, un llamado telefónico o una invitación... son susceptibles de trastornar su ánimo y toda su manera de contemplar la vida (9). Observemos cómo el solo hecho de que María le confiese haber pensado también en él lo pone fuera de sí. Pero el neurótico es un ser patológicamente desconfiado. «Cualquier muestra de afecto puede suministrarle... una tranquilidad superficial o hasta una sensación de felicidad, pero en lo más profundo esas manifestaciones chocan con su desconfianza o desencadenan su resistencia o ansiedad. No cree en ellas, porque está firmemente persuadido de que nadie podría amarle jamás» (10).

---

(9) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 136.
(10) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 130.

Castel, por unas horas, ha creído que esa mujer puede serlo todo en su vida; pero al día siguiente, cuando al llamarla por teléfono le contestan que María se ha ido al campo, sus anteriores ilusiones se derrumban. Y no sólo eso: es dominado de inmediato por la desconfianza. Reconstruye mentalmente la conversación telefónica del día anterior y sus circunstancias. Recuerda que ella «cambiaba de voz» repentinamente al hablar; que mencionó «gentes que entraban y salían» como disculpa por no hablar con naturalidad; que le dijo claramente: «Cuando cierro la puerta saben que no deben molestarme.»

Un individuo normal piensa, con toda seguridad, que el viaje de ella se ha debido a alguna razón importante que luego la muchacha explicará. Castel no. Duda de inmediato (la desconfianza, la inseguridad, son, por lo demás, características del cerebrotónico, en cuya mente acecha siempre un sentimiento de inminente desastre) y saca conclusiones categóricas: María es capaz de simular porque está acostumbrada a ese tipo de relaciones que ha comenzado con él. Lo prueban el hecho de que ha cambiado de voz con toda naturalidad y su afirmación de que no deben molestarla cuando cierra la puerta. Simplemente, razona Castel, los de la oficina en que ella trabaja están habituados a los amoríos de María.

Como la persona que responde al teléfono le informa que María ha dejado una carta para él, va de inmediato a la casa de la muchacha. Pero allí recibe otro golpe, pues sale a atenderlo un ciego que se presenta como Allende, esposo de María. El mismo se encarga de entregarle la carta y le dice algo que define bien a su esposa, que siempre nos ha dado la impresión de no tener prisa por nada:

«Léala, no más. Aunque siendo de María no debe ser nada urgente» [57].

Y tiene razón, pues cuando Castel la abre, en la única hoja que contiene lee sólo cinco palabras:

«Yo también pienso en usted» [57].

Después de este suceso, Castel regresa a su casa anonadado y sin comprender. No puede entender que María lo haya hecho ir a su casa a buscar una carta y hacérsela entregar por el propio marido, cuya existencia él ignoraba. ¿Por qué no le había dicho que era casada? ¿Qué había ido a hacer al campo, a esa estancia en que vivía Hunter, un «imbécil mujeriego» primo de Allende? Estas y mil preguntas más surgen de su cerebro atormentado. A ratos se siente dominado por el odio hacia ella y luego cae en una profunda ternu-

ra. Cree que no puede renunciar a la muchacha, pues sabe que «el amor anónimo que... había alimentado durante años de soledad se había concentrado en María» [65]. Los días que se suceden son agitados y están preñados de angustia y de espera. La misma noche en que ha sabido que ella es casada le escribe una carta que él califica de «desesperada», suplicándole que le envíe unas líneas o que vuelva. Incluso la hace certificar para estar seguro de que llegará a su destino. Su dormir es intranquilo. Tiene un sueño que él mismo relata e interpreta:

«Visitaba de noche una vieja casa solitaria. Era una casa en cierto modo conocida e infinitamente ansiada por mí desde la infancia, de manera que, al entrar en ella, me guiaban algunos recuerdos. Pero a veces me encontraba perdido en la oscuridad o tenía la impresión de enemigos escondidos que podían asaltarme por detrás o de gentes que cuchicheaban y se burlaban de mí, de mi ingenuidad. ¿Quiénes eran esas gentes y qué querían? Y sin embargo, y a pesar de todo, sentía que en esa casa renacían en mí los antiguos amores de la adolescencia, con los mismos temblores y esa sensación de suave locura, de temor y de alegría. Cuando me desperté, comprendí que la casa del sueño era María» [66-68].

Reparemos en que el mismo Castel identifica la casa de su sueño con su amada (según Sheldon, el cerebrotónico, debido a la excelente iluminación interior de que está dotado y a la rica vida imaginativa que posee, tiene plena conciencia de la tendencia de sus propios sueños. El análisis de ellos hecho por un entendido, a menudo no significa para él una revelación, sino sólo una continuación del análisis racional de sus actitudes y creencias plenamente conscientes) y que la califica como «infinitamente ansiada... desde la infancia». Esta afirmación corrobora nuestra opinión inicial de que la angustia de Castel debió producirse en sus años infantiles y que, no encontrando durante ellos el afecto, seguramente por su misma hostilidad, se refugió en la soledad, pero anhelando siempre y desesperadamente el afecto que, inconscientemente, pensaba él que lo libraría de su angustia. Por desgracia, en su atracción por María Iribarne, producida, según él, por el instinto de que la muchacha se le asemejaba, parece haberse cumplido la teoría de Szondi de que «nuestros genes eligen por nosotros». Anotamos esta conclusión porque si Castel nos impresionó como un anormal desde la primera línea de su confesión, la muchacha que le provocó tan violento amor no nos pareció menos. Y pensamos, a medida que avanzamos en la lectura y

que íbamos conociendo más a los atormentados protagonistas, en algo que habíamos leído sobre los genes recesivos: «Dos personas se sienten atraídas recíprocamente, tanto en el amor, en la amistad, en la esfera profesional, como en la elección de un ideal, cuando una parte más poderosamente dinámica del conjunto de sus genes latentes es idéntica o semejante» (11). Con toda seguridad había algo en María que atrajo a Castel, porque eso mismo se encontraba también en él, pero en estado puramente recesivo. ¿Qué? No lo sabemos, pero lo intuimos, porque ambos nos parecen parientes espirituales.

El mismo Castel, pese a que la violenta pasión que siente por ella debiera cegarlo, se da cuenta de esta similitud y teme. Teme con el mismo temor que probablemente se tiene a sí mismo sin reconocerlo (toda su actitud acusa un complejo de inferioridad que se manifiesta en su agresividad y en su crítica constante hacia los otros. Es posible, incluso, que su actividad artística de pintor no haya sido más que un afán compensatorio de dicho complejo). Su instinto le habla de una similitud espiritual entre él y María, pero sabe que es una similitud peligrosa. Lo da a entender en muchas de sus expresiones, en especial cuando relata lo que sintió al recibir la ansiada respuesta epistolar de su amada:

«En los días que precedieron a la llegada de su carta, mi pensamiento era como un explorador perdido en un paisaje neblinoso: acá y allá, con gran esfuerzo lograba vislumbrar vagas siluetas de hombres y cosas, indecisos perfiles de peligros y abismos. La llegada de la carta fue como la salida del sol.»

«Pero este sol era un sol negro, un sol nocturno.»

«No sé si se puede decir esto, pero... no retiraría la palabra nocturno; esta palabra era, quizá, la más apropiada para María...» [67].

María constituye para él un «sol nocturno». Castel ha empleado una paradoja que expresa exactamente lo que siente frente a la muchacha, a la que considera una luz en su vida, absolutamente necesaria, una luz que ha aparecido en medio de su oscuridad y que, por no estar de acuerdo con lo real (el sol no sale de noche), lo dejará sumido, tal vez, en una oscuridad mayor al desaparecer.

La carta de María es tan tranquila, tan enigmática e inasible como ella misma. Le habla del mar, de la playa, de la vida, de su soledad y de la de él, para concluir con unas frases que le demuestran a

(11) Oscar Ahumada: *Psicología fundamental*. Departamento de Publicaciones del Liceo «Manuel de Salas», Santiago de Chile, 1959, p. 297.

Castel que su sospecha de la similitud espiritual que presintió entre ambos existe realmente:

«El mar está ahí, permanente y rabioso. Mi llanto de entonces, inútil; también inútiles mis esperas en la playa solitaria, mirando tenazmente al mar. ¿Has adivinado y pintado este recuerdo mío, o has pintado el recuerdo de muchos seres como tú y yo?»

«Pero ahora tu figura se interpone: estás entre el mar y yo. Mis ojos encuentran tus ojos. Estás quieto y un poco desconsolado, me miras como pidiendo ayuda» [68].

Las palabras de María le devuelven la vida a Castel. Nuevamente la felicidad lo inunda (mis sentimientos de felicidad —ha dicho antes— son tan poco duraderos...). Pero esta felicidad es pasajera, porque los días transcurren y ella no regresa de la estancia. Castel le escribe una segunda carta cuyo texto es sólo: «¡Te amo, María, te amo, te amo!» (es la primera vez que se lo dice). A los dos días recibe una respuesta tan lacónica como el contenido de su propia misiva: «Tengo miedo de hacerte mucho mal.» Le responde sin esperar un minuto: «No me importa lo que puedas hacerme. Si no pudiera amarte me moriría. Cada segundo que paso sin verte es una interminable tortura.»

Pasan los días y María no regresa ni responde. Castel le escribe: «Estás pisoteando mi alma.» Al día siguiente María se encuentra nuevamente a su lado. La alegría dolorosa que Castel siente mientras la espera en la plaza, la ternura que llena su alma, desaparecen al hallarse junto a ella, y, encolerizado, la bombardea con reproches y preguntas que no da tiempo para que ella responda. Finalmente, cuando calla, en espera de sus palabras, ella, como es tradicional, elude una respuesta precisa:

—«¿Por qué todo ha de tener respuesta? No hablemos de mí: hablemos de ti, de tus trabajos, de tus preocupaciones... Quiero saber qué haces ahora, qué piensas, si has pintado o no.»

—«No... No es de mí que deseo hablar: deseo hablar de nosotros dos, necesito saber si me quieres. Nada más que eso: saber si me quieres.»

María no responde, y segundos después, encendiendo un fósforo para mirarla en la oscuridad, Castel se da cuenta de que está llorando. Llora, pero lo mira con ternura y le acaricia la cabeza. Por fin, arriesga una declaración:

—«Claro que te quiero... ¿Por qué hay que decir ciertas cosas?»

A Castel no le basta esta afirmación: desea saber qué clase de amor es el que ella siente... Porque hay muchas clases de amor...

De pronto, vuelve a encender un fósforo: en medio de la oscuridad ha tenido la intuición de que la muchacha está sonriendo y desea sorprenderla. María ya no sonríe, pero él está seguro de que «había estado sonriendo una décima de segundo antes» [72]. (Debido a la sobreintensidad mental, a la excesiva atención, el cerebrotónico posee ojos y oídos muy activos y nada se le escapa.) Rabioso, le dice lo que piensa. Ella se sorprende:

—«¿Y de qué podía sonreír?» —pregunta.

—«De mi ingenuidad, de mi pregunta si me amabas verdaderamente...» [72].

El neurótico, pese a que busca y necesita imprescindiblemente el afecto, y en particular el amor, no cree en este último. Afirma Karen Horney que «puede experimentar auténtico terror cuando se halla a punto de comprender que alguien le ofrece sincero cariño o amor» (12). Castel cree que María ha sonreído y está seguro de que esa sonrisa es una manera de burlarse de él y sus pretensiones. Recordemos que «los neuróticos son dolorosamente sensibles a todo rechazo o mero desprecio, por leve que sea» (13), y esto, debido a su complejo de inferioridad y a su creencia de que nadie puede amarlos.

María se indigna por la suposición de Castel y se lo demuestra con duras palabras. Pese a la seguridad que él tiene de no haberse equivocado, se siente acometido de súbita desesperación. Le pide perdón, se humilla, llora y se culpa él de todo. («Dado que la obtención del cariño posee para él vital importancia, el neurótico abonará cualquier precio a fin de alcanzarlo» (13). La muchacha olvida su rencor y lo acaricia nuevamente. Pero se enfrascan en una discusión torpe que los hace separarse molestos.

Desde ese día las relaciones quedan definitivamente iniciadas entre ellos, que se ven diariamente durante un tiempo «a la vez maravilloso y horrible» [76]. Pese a que María viene a verlo al taller y se conduce con una paciencia y una constancia extraordinaria frente a los arrebatos y exigencias de Castel, éste persiste en su desconfianza:

«Yo vivía obsesionado con la idea de que su amor era, en el mejor de los casos, amor de madre o hermana, de modo que la unión física se me aparecía como una garantía de verdadero amor» [76].

---

(12) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 139.
(13) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 172.

Castel siente que María no se le entrega verdaderamente, que está lejos de él. Cree que las relaciones sexuales podrán acercarlos. En algunos neuróticos las relaciones sexuales representan no sólo una «liberación de tensiones específicas, sino también el único medio de entablar conexiones humanas. Si una persona se ha convencido de que le es prácticamente imposible obtener cariño, el contacto físico puede servirle como sucedáneo de los lazos afectivos» (14). Castel, en su afán de lograr acercamiento mediante un acto material, fuerza a su amada, «en la desesperación de consolidar de algún modo esa fusión» [73]. Pero este medio, en vez de causarle tranquilidad, lo sume en un abatimiento aún mayor, ya que su ansiedad le impide todo goce. «La angustia, en conexión con una actividad, afirma Karen Horney, malogrará el placer que ella promueve en otras circunstancias... Las relaciones sexuales cumplidas con fuerte ansiedad no proporcionarán el menor placer, y si el sujeto no advierte su angustia tendrá la impresión de que esas relaciones nada significan para él» (15). Así, pues, Castel afirma:

«Lejos de tranquilizarme, el amor físico me perturbó más, trajo nuevas y torturantes dudas, dolorosas escenas de incomprensión, crueles experimentos con María» [76].

La muchacha, según él, complica el problema en estas oportunidades y lo introduce en una maraña de nuevas dudas, de otras y mayores desconfianzas:

«Ella agravaba las cosas, porque, quizá en su deseo de borrarme esa idea fija, aparentaba sentir un verdadero e increíble placer; y entonces venían las escenas de vestirme rápidamente y huir a la calle, o de apretarle brutalmente los brazos y querer forzarle confesiones sobre la veracidad de sus sentimientos y sensaciones. Y todo era tan atroz, que cuando ella intuía que nos acercábamos al amor físico, trataba de rehuirlo. Al final había llegado a un completo escepticismo y trataba de hacerme comprender que no solamente era inútil para nuestro amor, sino hasta pernicioso.»

«Con esta actitud sólo lograba aumentar mis dudas acerca de la naturaleza de su amor, puesto que yo me preguntaba si ella no habría estado haciendo la comedia del placer para que yo me enojara y entonces poder ella argüir que el amor físico era pernicioso y de ese modo evitarlo en el futuro; siendo la verdad que lo detestaba desde el comienzo y, por tanto, era fingido su placer» [78 y 79].

---

(14) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 172.
(15) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 173.

Cada día que pasa ahonda más el problema de Castel, pues la desconfianza que siente es indominable. Repasa cada acto, cada palabra pronunciada desde que conoció a María y a cada uno de ellos le da una explicación que considera muy razonable. Para él, todos los hechos demuestran que la muchacha ha tenido y tiene relaciones con otros hombres y no puede dejar de decírselo. Lo hace con grosería y se produce entre ambos una nueva tensión:

«Un día la discusión fue más violenta que de costumbre y llegué a gritarle una palabra horrenda. María quedó muda y paralizada. Luego, lentamente, fue a vestirse detrás del biombo de las modelos; y cuando yo, después de luchar entre mi odio y mi arrepentimiento, corrí a pedirle perdón, vi que su rostro estaba empapado en lágrimas. No supe qué hacer: la besé tiernamente en los ojos, le pedí perdón con humildad, lloré ante ella, me acusé de ser un monstruo cruel, injusto y vengativo. Y eso duró mientras ella mostró algún resto de desconsuelo, pero apenas se calmó y comenzó a sonreír con felicidad, empezó a parecerme poco natural que ella no siguiera triste: podía tranquilizarse, pero era sumamente sospechoso que se entregase a la alegría después de haberle gritado una palabra semejante y comenzó a parecerme que cualquier mujer debe sentirse humillada al ser calificada así, hasta las propias prostitutas, pero ninguna mujer podría volver tan pronto a la alegría, a menos de *haber cierta verdad en aquella calificación*» [80].

Los ejemplos que hemos anotado nos colocan ya en condiciones de formarnos una idea exacta acerca de la magnitud de la angustia casteliana y de cómo siente que su única solución está en el amor. Es tal su necesidad de amor, que se siente obsesionado por la idea de perderlo. Ahora bien, la necesidad neurótica de afecto tiene, entre sus muchas características, aquella que denominamos insaciabilidad, cuyas principales expresiones son los celos y la demanda de amor incondicional. Los celos del neurótico están dictados por el incesante temor de perder a la persona amada o su amor, y por tanto, todo interés que ésta pueda dedicar a alguien o a otras cosas, encierra la posibilidad de peligro. El neurótico se siente sumamente deprimido cuando comprueba o cree comprobar que alguien recibe del ser amado lo mismo que él. Su «lema» en este sentido podría ser: «Me quieres, pero como también quieres a otros, el cariño que me profesas no vale nada.» El desea ser el único, y una de las maneras más convincentes que tiene el ser amado de demostrarle que lo prefiere por sobre todos los demás es aceptarle todo lo que quiera hacer. Está

dominado por el «afán de ser amado pese a cualquier conducta ofensiva» (16). Esto último explica, pues, su demanda de amor incondicional. En su conciencia, esta demanda adopta la fórmula siguiente: «Quiero ser amado por lo que soy y no por lo que hago.» La persona que ama al neurótico deberá, pues, amarlo con sacrificios, aceptará todas sus exigencias (que siempre son desmesuradas) y sufrirá su despiadada desconsideración.

María parece ser, como podemos notar por su facilidad para darle el perdón después de sus ofensas, el ser ideal en este aspecto para Castel. Pero no lo es, ya que la desconfianza de él es indominable. En vez de solucionar las dificultades, la tolerancia de ella las agrava. Por lo demás, para Castel no hay solución. Ni siquiera en una isla desierta se sentiría seguro, porque estaría celoso del pasado o —de no existir éste— de amores imaginarios, ya que su inseguridad lo conduce a creer que nadie podrá amarlo, que no es acreedor a tal dádiva del cielo.

Castel se ve rápidamente dominado, exacerbado, anulado por los celos. En un principio no puede fijarlos en hombre alguno. «Eran las personas desconocidas —explica—, las sombras que jamás mencionó y que sin embargo yo sentía moverse silenciosa y oscuramente en su vida» [85]. Pronto sus celos se localizan en un suicida, ex amante de María, un tal Roger. De él se trasladan a Allende, el marido ciego («debo confesar, nos explica sin que nadie se lo pregunte, que los ciegos no me gustan nada. ¡Cómo si a alguien pudieran "gustarle"!»), y que siento delante de ellos una impresión semejante a la que me producen ciertos animales, fríos, húmedos y silenciosos, como las víboras» [60].

Luego sus celos se concentran en Hunter, primo de Allende, en cuya estancia María encuentra alivio a sus conflictos. Con respecto a Rogers, desea saber si ella estuvo enamorada de él y qué era lo que la atraía; con relación a Allende, anhela que le diga si lo amó alguna vez, si lo ama todavía, si tiene relaciones físicas con él. La atormenta con las más íntimas y molestas preguntas, de cuyas respuestas saca conclusiones que lo desalientan más: «María confiesa tener relaciones con su esposo, pero sin desearlo; sin embargo, le demuestra deseo.» Todo esto lo deduce mediante sutiles razonamientos que su lógica dogmática considera irrebatibles:

«Es evidente que si demostrases no sentir nada, no desearlo, si demostrases que la unión física es un sacrificio que haces en honor

(16) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 148.

a su cariño, a tu admiración por su espíritu superior, etc., Allende no volvería a acostarse jamás contigo. En otras palabras: el hecho de que sigas haciéndolo, demuestra que eres capaz de engañarlo no sólo acerca de tus sentimientos, sino hasta de tus sensaciones. Y que eres capaz de una imitación perfecta del placer» [90].

Esta última afirmación, naturalmente, la aplica Castel a su propio caso y se apoya aún más en la idea de que María le finge amor.

Todas estas escenas lo hacen sufrir horriblemente. Se sabe cruel. Se arrepiente aún antes de hablar («ya antes de decir esa frase estaba un poco arrepentido: debajo del que quería decirla y experimentar una perversa satisfacción, un ser más puro y más tierno se disponía a tomar la iniciativa en cuanto la crueldad de la frase hiciese su efecto, y en cierto modo ya, silenciosamente, había tomado el partido de María antes de pronunciar esas palabras estúpidas e inútiles... De manera que, apenas comenzaron a salir de mis labios, ya ese ser de abajo las oía con estupor, como si a pesar de todo no hubiera creído en la posibilidad de que el otro las pronunciase. Y a medida que salieron, comenzó a tomar el mando de mi conciencia y de mi voluntad y casi llega su decisión a tiempo para impedir que la frase saliera completa. Apenas terminada, era totalmente dueño de mí y ya ordenaba pedir perdón, humillarme delante de María, reconocer mi torpeza y mi crueldad») [91]; pero no puede evirta que las palabras salgan de su boca. El mismo reconoce que hay en él una falla, algo que llama «maldita división de mi conciencia» y que explica con palabras que nos hacen concluir que en él se da la ambivalencia propia del esquizotímico:

«Mientras una parte me lleva a tomar una hermosa actitud, la otra denuncia el fraude, la hipocresía y la falsa generosidad; mientras una me lleva a insultar a un ser humano, la otra se conduele de él y me acusa a mí mismo de lo que denuncio en los otros; mientras una me hace ver la belleza del mundo, la otra me señala su fealdad y la ridiculez de todo sentimiento de felicidad» [92].

Su propia manera de reaccionar y sentir ha conducido a Castel, como a todo neurótico, a un terrible círculo vicioso producido por las múltiples consecuencias de la necesidad de cariño: «angustia; exagerada necesidad de cariño, incluyendo demandas de amor incondicional y exclusivo; sentimiento de ser despreciado si tales demandas no se cumplen; reacción de hostilidad intensa frente al rechazo; necesidad de reprimir la hostilidad ante el temor de perder el afecto; tensión

debida a la rabia difusa; angustia exacerbada; necesidad aumentada de recuperar la seguridad y así sucesivamente. De este modo, los propios medios utilizados para escudarse de la angustia crean, a su vez, nueva angustia y nueva hostilidad» (17).

La angustia neurótica de Castel y su temperamento cerebrotónico lo conducen al constante insomnio y lo inclinan al suicidio. Pero su eterna manía lógica lo hace convencerse de que la muerte no es una solución, pese al atractivo innegable que tiene para él («La muerte —dice— no sólo es soportable, sino hasta reconfortable»):

«El agua sucia, abajo, me tentaba constantemente: ¿para qué sufrir? El suicidio seduce por su facilidad de aniquilación: en un segundo, todo ese absurdo universo se derrumba como un gigantesco simulacro, como si la solidez de sus rascacielos, de sus acorazados, de sus tanques, de sus prisiones, no fuera más que una fantasmagoría, sin más solidez que los rascacielos, acorazados, tanques y prisiones de una pesadilla.»

«La vida aparece a la luz de este razonamiento como una larga pesadilla, de la que sin embargo uno puede liberarse con la muerte, que sería, así, una especie de despertar. Pero, ¿despertar a qué? Esa irresolución de arrojarse a la nada absoluta me ha detenido en todos los proyectos de suicidio. A pesar de todo, el hombre tiene tanto apego a lo que existe que prefiere finalmente soportar su imperfección y el dolor que causa su fealdad antes que aniquilar la fantasmagoría con un acto de propia voluntad. Y suele resultar también que cuando hemos llegado a ese borde de la desesperación que precede al suicidio, por haber agotado el inventario de todo lo que es malo y haber llegado al punto en que el mal es insuperable, cualquier elemento bueno, por pequeño que sea, adquiere un desproporcionado valor, termina por hacerse decisivo y nos aferramos a él como nos agarraríamos desesperadamente de cualquier hierba ante el peligro de rodar en un abismo» [95].

El neurótico, en su desesperación por lograr cariño, utiliza varios medios para hacer que se le quiera: el soborno («Tienes que quererme por lo que he hecho por ti»); el llamado a la caridad («Debes amarme, pues sufro y estoy indefenso»); la invocación a la justicia («He hecho algo por ti. ¿Qué harás tú por mí?») y las amenazas («Si no me quieres, tomaré una resolución desesperada»). De todos estos procedimientos, Castel, cuando siente que María se le está alejando dema-

(17) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 157.

siado, recurre a una mezcla del segundo y el cuarto, es decir, del llamado a la piedad y a las amenazas. María, después de una de las terribles escenas que Castel le hace diariamente, deseosa de soledad y tranquilidad, se marcha a la estancia de Hunter. Castel no atina más que a encerrarse en su casa y a permanecer echado en la cama, sin valor para mover un dedo. El cerebrotónico, frente a la congoja, desea hallarse a solas y pensar, pensar, pensar... Por fin decide escribirle y, como es tradicional en él después de sus arranques, le pide perdón en varias cartas que ella no responde. En una, aunque con vergüenza, pues se da cuenta de que el arma elegida no es de las más dignas, le relata cómo la noche que siguió a la última entrevista, sintiéndose desesperadamente solo, se emborrachó con una prostituta y luego, asqueado de ella y de los marineros que lo acompañaban, huyó hasta los muelles, tentado con violencia por el afán de terminar con su vida. De allí, impulsado por una fuerza desconocida, se dirigió a la casa de ella y se encontró de pronto observando el quinto piso, donde María dormía. Permaneció largo rato en esa actitud y en seguida, sin pensar qué diría para justificar un llamado a medianoche, marcó el número de su teléfono. Cuando lo atendieron, asustado, colgó el tubo y salió. Caminó durante horas, al azar, deteniéndose acá y allá a beber. Finalmente, regresó a su taller, donde se durmió vestido y tuvo un sueño horrible, que lo hizo despertar gritando, parado en medio de la habitación, bañado en sudor frío.

Todo este relato, en el que confiesa no haber escatimado detalle ni bajeza, pretende provocar la piedad de María. Y lo consigue, pues ella le responde, a vuelta de correo, con una carta llena de ternura, invitándolo a verla a la estancia.

Sin esperar un segundo, Castel prepara su valija y vuela a la estación, hacia la estancia de Hunter. Al detenerse el tren, lo irrita el hecho de no encontrar a María esperándolo y, en su lugar, a un chófer, quien lo informa de que la ausencia de su amada se ha debido a una indisposición. Castel no cree y piensa que es un subterfugio de la muchacha. Lo acometen violentos deseos de regresar a Buenos Aires, pero teme que el chófer lo tome por loco y lo sigue hasta la casa. Allí lo recibe Hunter, con una «cortesía irónica». Castel lo mira y lo califica de inmediato: «Este hombre es un abúlico y un hipócrita», se dice. Junto a él aparece «una mujer flaca que fumaba con una boquilla larguísima. Tenía un acento parisiense, se llamaba Mimí Allende, era malvada y miope» [102]. (La mayor parte de los cerebrotónicos tiende al capricho emocional y de ahí deriva su facilidad para las simpatías y las antipatías rápidas indominables y, muchas veces, sin fundamentos.)

Desde el primer instante aflora en el pintor la desconfianza del cerebrotónico, la intranquilidad ante las personas desconocidas propia del esquizotímico y se siente desasosegado. Cree estar en presencia de gente temible. Piensa que debe estar alerta y que no puede permitirse un minuto de descuido en un medio como éste:

«Me maldije mentalmente por distraerme: con esa gente era necesario estar en constante guardia» [102].

El hecho de que María no aparezca en el salón lo pone más nervioso aún, máxime si consideramos que está molesto por que no ha ido a recibirlo a la estación. Esta reacción, que lo caracteriza en todas las situaciones relacionadas con su afán de afecto, es también propia de la perturbación que padece su personalidad. Karen Horney dice que el neurótico es autoritario e impaciente y tiene el afán de que todo se haga según lo que quiere él. Esta exigencia es «susceptible de constituirse en una fuente de incesante irritación para él si los demás no cumplen con exactitud lo que aguarda de ellos o si no lo hacen en el preciso momento en que así lo desea» (18).

Durante toda la larga conversación que mantienen Castel, Hunter y Mimí (Castel apenas habla) mientras aparece María, el primero continúa elaborando mentalmente un concepto sobre los anfitriones:

«Esta gente es frívola, superficial. Gente así no puede producir en María más que un sentimiento de soledad. Gente así no puede ser rival» [108].

Esta última deducción, pese a que ha sido elaborada por él mismo y a que siempre confía en sus propios juicios, no logra tranquilizarlo. Su molestia y disgusto van transformándose en tristeza, sentimiento que se disipa de inmediato cuando, después de escuchar la interminable y frívola conversación de Hunter y Mimí, concluye que María no ha bajado al salón para no tener que soportar las opiniones de Mimí y su primo:

«La cosa era clara; María, desesperada por la llegada repentina de esa mujer, se había encerrado en su dormitorio pretextando una indisposición; era evidente que no podía soportar a semejantes personajes» [113]. (Sheldon hace notar, cuando se refiere a la disociación mental vertical y a la introversión de los cerebrotónicos, que éstos son mentalmente intensivos, reservados y subjetivos. Se orientan hacia su percepción más remota más que a la escena exterior. Para

(18) Karen Horney: *Ob. cit.*, pp. 186 y 187.

ellos, la realidad es lo que ellos mismos rastrean en sus propios sótanos mentales, y conforme a lo que en esos sótanos han descubierto, actúan.)

Cuando por fin aparece María sus sentimientos vuelven a fluctuar entre la alegría y la tristeza. En la tarde van a sentarse junto a unas rocas y, mientras María, en un desacostumbrado rapto de expansión, le habla de su amor por él, Castel dirige sus miradas hacia el fondo del acantilado y siente de nuevo el atractivo que para él ha tenido tantas veces la muerte. Pero esta vez sus anhelos destructores no se dirigen sólo a su persona...:

«El mar se había ido transformando en un oscuro monstruo. Pronto la oscuridad fue total y el rumor de las olas allá abajo adquirió sombría atracción. ¡Pensar que era tan fácil! Ella decía que éramos seres llenos de fealdad e insignificancia; pero, aunque yo sabía hasta qué punto era yo mismo capaz de cosas innobles, me desolaba el pensamiento de que también ella podía serlo, que seguramente lo era. ¿Cómo? —pensaba—, ¿con quiénes, cuando? Y un sordo deseo de precipitarme sobre ella hasta ahogarla y arrojarla al mar iba creciendo en mí [121].

Sin embargo, Castel no hace nada de eso. María sigue monologando y luego, ya bastante avanzada la hora, regresan a comer. Encuentran a Hunter solo, esperándolos. Mimí se ha marchado y su primo los recibe con perceptible molestia. Castel se pone sospechoso. ¿Por qué Hunter revela su disgusto ante la tardanza de María? ¿Es que la ama y está celoso porque ella no le corresponde? ¿O es que le corresponde y Hunter se siente con derechos sobre la muchacha? Después de un exhaustivo análisis de la conducta de María y de la reciente actitud de Hunter, Castel, ya solo en su habitación, concluye que es amante de Hunter, y de ello no cabe la menor duda.

Apenas aclara, se levanta, baja con su valija y su caja de pinturas y se marcha a la estación, donde toma el tren que lo conduce a Buenos Aires.

Los días que siguen Castel los pasa borracho, echado en su cama o en un banco de Puerto Nuevo. Incluso es conducido a la cárcel por ebriedad, de donde sale lleno de piojos. Todos esos días su mente se sume en un estado que si no es locura está muy cerca de ella. Escribe una larga carta a María, donde le expresa que no puede comprender que una mujer como ella sea capaz de decirles palabras de amor al marido y a él, al mismo tiempo que se acuesta con Hunter. Despacha

la carta certificada y sale del correo. Es interesante destacar que, al redactarla, Castel pone en evidencia una característica cerebrotónica que Sheldon advierte y señala cuando se refiere a los escritores que acusan este temperamento. Explica el autor de *Las variedades del temperamento* que, para la mente cerebrotónica educada, la palabra tiende a convertirse en una herramienta muy aguzada, que debe utilizarse con gran cautela y exactitud. Percibe este individuo en forma muy sutil los diversos matices de significación de las distintas voces y locuciones, de modo que, al escribir, vacila, piensa, corrige y coloca el término que le parece más adecuado después de mucho titubeo. Veamos, pues, cómo Castel nos pone en antecedentes de esta especial sensibilidad que acusa frente a las palabras:

«Me puse ropa seca y comencé a escribir una carta a María. Primero escribí que deseaba darle una explicación por mi fuga de la estancia (taché «fuga» y puse «ida»). Agregué que apreciaba mucho el interés que ella se había tomado por mí (taché «por mí» y puse «por mi persona»). Que comprendía que ella era muy bondadosa y estaba llena de sentimientos puros... Le dije que apreciaba en su justo valor el asunto de la salida de un barco o el asistir sin hablar a un crepúsculo en un parque, pero que, como ella podía imaginar (taché «imaginar» y puse «calcular»), no era suficiente para mantener o probar un amor: seguía sin comprender cómo era posible que una mujer como ella fuera capaz de decir palabras de amor a su marido y a mí, al mismo tiempo que se acostaba con Hunter (taché «Hunter» y puse «el señor Hunter»; la combinación de la palabra acostarse «con un repentino respeto formal por ese individuo me pareció muy eficaz)...» [129 y 130].

Una vez que ha salido del correo, Castel se autoanaliza y concluye que con esos procedimientos no logrará nada bueno. Lo único que ocurrirá es que María, herida despiadadamente por sus palabras, se alejará de él, es decir, pasará justamente lo que por nada del mundo quiere que suceda.

Dominado por este temor, regresa al correo y mantiene una airada disputa con la empleada, pues le exige que le devuelva la misiva. Como no lo consigue, piensa que «podría incendiar de alguna manera el cesto de las cartas». Pero sabe que eso complicará las cosas y no lo hace. Se queda esperando a la empleada para insultarla cuando salga. Está allí durante una hora y luego decide marcharse, pues se convence de que la carta está muy bien y que conviene que llegue a manos de María. Mientras camina, la tristeza, el arrepentimiento y el

odio hacen presa de su espíritu. Triunfa el segundo y decide telefonear a María para pedirle disculpas por la nota que recibirá. Pero en vez de hacerlo, concluye por decirle cosas aún peores que las de la carta. La amenaza con matarse. Esto último conmueve a María, quien le promete regresar al día siguiente. Pese a esto, no se tranquiliza. Se marcha a un bar, bebe, elige a la mujer que le parece más depravada y pelea con unos marineros. Se marcha a su taller con la prostituta. Allí sorprende en ésta una expresión que le recuerda a María y obtiene del hecho una conclusión silogística:

«María y la prostituta han tenido una expresión semejante; la prostituta simulaba placer; María, pues, simulaba placer; María es una prostituta» [141].

Convencido de que en las cosas de la vida no hay que dejarse embaucar por caras ni por muestras de cariño, sino que es necesario obrar según lo que se concluya mediante la lógica, busca como última prueba de sus suposiciones la opinión ajena. Va donde un amigo de Hunter, «un individuo despreciable», y, a boca de jarro, le pregunta:

«¿Cuánto hace que María Iribarne es amante de Hunter?»
«De eso no sé nada», responde éste.

Cuando cree que ya es hora de que María esté en Buenos Aires la llama por teléfono. Acuerdan juntarse donde siempre. Castel acude y reflexiona sobre lo que va a hacer. No puede resignarse a perder a su amada:

«Por un segundo, el espanto de destruir el resto que quedaba de nuestro amor y de quedarme definitivamente solo me hizo vacilar... A medida que avanzaba en estas reflexiones, más iba haciéndome a la idea de aceptar su amor así, sin condiciones y más me iba aterrorizando la idea de quedarme sin nada, absolutamente nada» [146].

El más terrible problema de Castel es la soledad y, ante el temor de volver a afrontarla, decide aceptar a María tal como es. Lo invade una nueva alegría ante esta resolución, pero la muchacha «le falla una vez más» y no viene a la cita. Castel llama por teléfono y de su casa le dicen que se ha marchado nuevamente a la estancia.

Acometido por violenta ira, regresa al taller y, con un cuchillo, hace pedazos sus cuadros uno por uno, ensañándose especialmente con aquel por cuyo intermedio conoció a María. En seguida va donde un conocido y le pide el automóvil, en el que se marcha a la estancia a ciento treinta kilómetros por hora, decidido, por fin, «a hacer algo concreto».

A las diez y cuarto de la noche llega a su destino y se agazapa en el parque, donde permanece durante horas. De pronto ve a María que baja del brazo de Hunter por la escalinata. Ambos caminan y conversan. Pero no pueden pasear mucho, porque comienzan a caer gotas de lluvia. Entran en la casa y Castel continúa espiando. Se enciende la luz en el dormitorio de Hunter, pero no en el de la joven. Castel siente que el mundo entero se derrumba:

«Sentí como si el último barco que podía rescatarme de mi isla desierta pasara a lo lejos sin advertir mis señales de desamparo» [156].

Castel permanece aún un rato más entre los árboles y la lluvia, hasta que decide trepar al segundo piso por la reja de una ventana. Sube y llega hasta el dormitorio de su amante, donde está acostada, y lo mira con tristeza, inquiriéndole:

«¿Qué vas a hacer, Juan Pablo?»

«Tengo que matarte, María. Me has dejado solo» [156 y 157].

Sin esperar un movimiento ni una respuesta de ella, llorando, le clava el cuchillo en el pecho y en el vientre, muchas veces.

Sale nuevamente a la terraza, sube al auto y regresa a Buenos Aires. Desde un café le telefonea a Allende, diciéndole que estará en su casa de inmediato, pues tiene que hablarle. Cuando se encuentra frente al ciego, le grita:

«¡Vengo de la estancia! ¡María era la amante de Hunter!»

Allende, con odio, grita a su vez:

«¡Imbécil!».

Exasperado por su incredulidad, Castel le dice:

«¡Usted es el imbécil! ¡María era también mi amante y la amante de muchos otros!... ¡Sí!... ¡Yo lo engañaba a usted y ella nos engañaba a todos! ¡Pero ahora ya no podrá engañar a nadie! ¿Comprende? ¡A nadie! ¡A nadie!» [158].

A las seis de la mañana se entrega en una comisaría.

Nos hemos dado el trabajo de mostrar íntegro el conflicto amoroso de Castel, aun anotando detalles que no interesan mayormente para explicar su neurosis, debido a que nuestro afán es dar una visión lo más exhaustiva posible de su personalidad, con el fin de facilitar la clasificación tipológica que haremos de él y que ya hemos adelantado.

Desgraciadamente para nuestra investigación, Juan Pablo Castel no hace ni siquiera la más mínima alusión a su físico. Nos da la im-

presión de que este aspecto para él no cuenta, ya que ni siquiera tratándose de su amada nos proporciona tales datos. Creemos que el amor es, en un principio, una atracción de orden material, que luego cede paso a otros valores. Sin embargo, María parece no haber causado ni la más mínima impresión con su rostro y su cuerpo a nuestro personaje, quien sólo nos indica que ella tenía pelo castaño. No sabemos nada acerca de la estatura de la muchacha, de su grosor, del color de su piel, ojos, labios, etc. Ya hemos señalado que Castel se sintió profundamente conmocionado ante ella porque intuyó que era un ser igual a él en su soledad y manera de sentir. De su propio físico, pues, tampoco nos dice nada, pero sus particularidades psicológicas y nuestra experiencia con esta clase de individuos nos inclinan a imaginarlo de estatura regular, delgado, de aspecto huidizo y frágil, de hombros estrechos y un tanto encorvados hacia adelante, de piel fina y oscura, seca y pálida, de cabello abundante, pero delgado. Sus labios nos los representamos estrechos y tensos; sus manos, largas, huesudas y ocultas en los bolsillos al caminar, desplazándose como con apuro o nerviosidad. Su piel la creemos extremadamente sensible a las picaduras (recuérdese que cuando relata su salida de la cárcel destaca especialmente que se rascaba debido a los piojos que cogió en el inmundo recinto).

Al pensar en él recordamos a esos individuos ectomorfos cuyo cuerpo está siempre alerto y que manifiestan, con movimientos rápidos y prontos, cualquier reacción ante un estímulo. No podemos pensar en un Castel reposado. Creemos que su caos mental se evidencia en la imposibilidad de mantenerse quieto. Sus ojillos, como los de una laucha sorprendida, junto al queso, escrutan los ademanes, las miradas y las intenciones ajenas, en las que siempre imaginan percibir un afán oculto. Cree saber distinguir una mirada normal de otra que no lo es. Se revela este sentir cuando anota:

«... Respondió, mirándome con esos ojos penetrantes que los freudianos creen obligatorios en su profesión, y como si también se preguntará: ¿Qué otra chifladura le está empezando a este tipo?» [22].

Está seguro de tener un instinto poderoso para captar cuándo un ser humano se está preocupando de él con torcidas intenciones:

«Me ha sucedido muchas veces —dice— darme vuelta de pronto con la sensación de que me espiaban, no encontrar a nadie y sin embargo sentir que la soledad que me rodeaba era reciente y que algo fugaz había desaparecido» [72].

Ante personas a quienes su intuición ha catalogado como nefastas a primera vista, cree que debe mantenerse al acecho. Se maldice cuando se descuida, como le ocurre en la estancia de Hunter, cuando conversa con éste y Mimí:

«... Me di bruscamente vuelta, en dirección a Hunter, *para controlarlo.* Es un método que da excelentes resultados con individuos de este género...» [102].

Y un segundo después:

«Me maldije mentalmente por distraerme: con esa gente era necesario estar en constante guardia» [102].

Desconfía tanto de la sinceridad ajena, que nos parece ver la expresión de burla con que contempla a quien se atreve a decirle algo positivo acerca de él o sus cuadros. Porque está seguro de que nadie —excepto María— entiende sus telas. Todos las elogian' por un estúpido afán de adulación que nada tiene que ver con lo que realmente sienten. Cuando se detiene a relatar una visita que hizo a un coctel de la Sociedad Psicoanalítica, anota que un médico le elogió los cuadros de tal manera que él comprendió «que los detestaba». Al recordar la conversación que sostuvo con Mimí y Hunter en la estancia relata:

«Después agregó una serie de idioteces a manera de elogio, repitiendo esas pavadas que los críticos escribían sobre mí cada vez que había una exposición: "Sólido", etc.» [103].

En general no alienta ninguna conversación en que alguien intente elogiarlo. Un individuo que posee estas características estamos seguros de que da la impresión a los otros de que algo le duele, que está pronto a llorar o... que su lugar no es precisamente la calle, sino un sanatorio. Es posible que haga visajes, que trague saliva, muy a menudo, o que no pueda mantenerse más de un minuto en una misma posición. Nos parece que distrae o trata de aliviar su tensión psíquica llevándose las manos a la boca, alisándose el pelo o estrujando nerviosamente un pañuelo.

Como ya hemos adelantado, Castel pertenece a los esquizotímicos de Kretschmer y a los cerebrotónicos de Sheldon. Sus rasgos temperamentales, sí, aparecen tan exagerados que perfectamente bien puede ser incluido en el grupo de los esquizoides de que habla el autor de «Constitución y carácter» y en el de los cerebrotónicos de Sheldon. Tal es la exageración, que en algunos aspectos (que cree-

mos se han hecho evidentes en las páginas anteriores) sobrepasa el límite dè lo normal y cae de lleno en la esquizofrenia, y a veces en la paranoia. Trataremos, en todo caso, de fundamentar cada una de nuestras afirmaciones.

En nuestro personaje, como en todo esquizotímico de estructura corporal leptosómica, hay una superficie y un fondo, una apariencia y una realidad. Pero con él no ocurre lo que con don Luis de Vargas, el protagonista de «Pepita Jiménez», en quien se daba una realidad que no conocía. Si tanto él como los otros estaban equivocados frente a su verdadero fondo, con Castel el problema no es idéntico, pues en su afán introspectivo (característico también del esquizotímico) ha desmenuzado su personalidad hasta el punto de conocerse íntegramente, sin equivocaciones, sin modestia y sin recurrir, como otros individuos de personalidad perturbada, a la racionalización o a la proyección en el autoanálisis. El primer defecto que se atribuye es la vanidad, pero no se cree por esto un ser despreciable, ya que este pecado es común a todos los seres humanos:

«Supongan... que publico esta historia por vanidad. Al fin de cuentas estoy hecho de carne, huesos, pelo y uñas como cualquier otro hombre y me parecería muy injusto que exigiesen de mí... cualidades especiales; uno se cree a veces un superhombre, hasta que advierte que también es mezquino, sucio y pérfido. De la vanidad no digo nada: creo que nadie está desprovisto de este notable motor del progreso humano. Me hacen reír esos señores que salen con la modestia de Einstein o gente por el estilo; respuesta: es fácil ser modesto cuando se es célebre; quiero decir, "parecer" modesto. Aun cuando se imagina que no existe en absoluto, se la descubre de pronto en su forma más sutil: la vanidad de la modestia. ¡Cuántas veces tropezamos con esa clase de individuos!... La vanidad se encuentra en los lugares más inesperados: al lado de la bondad, de la abnegación, de la generosidad...» [13 y 14].

Es capaz de comprender que su costumbre de justificar todo cuanto hace, dice o piensa se convierte, incluso, en una manía, de la que continuamente se está disculpando («Me he apartado de mi camino. Pero es por mi maldita costumbre de querer justificar cada uno de mis actos»). Esta manía suya, con la que se mezcla constantemente su poderosa e indominable capacidad de asociación mental, lo lleva a salirse del tema constantemente. Con ello se pierde en el laberinto de sus digresiones y confunde al lector. Así, por ejemplo, comienza su relato contándonos cómo vio por primera vez a María en una ex-

posición de sus propios cuadros. Al mencionar la palabra «críticos» en la narración, aprovecha la oportunidad para decirnos todo lo que piensa de ellos:

«Es una plaga que nunca pude entender. Si yo fuera un gran cirujano, y un señor que jamás ha manejado un bisturí, ni es médico ni ha entablillado la pata de un gato, viniera a explicarme los errores de mi operación, ¿qué se pensaría? Lo mismo pasa con la pintura. Lo singular es que la gente no advierte que es lo mismo, y aunque se ría de las pretensiones del crítico, escucha con un increíble respeto a esos charlatanes. Se podría escuchar con cierto respeto los juicios de un crítico que alguna vez haya pintado, aunque más no fuera que telas mediocres. Pero aun en este caso sería absurdo, pues ¿cómo puede encontrarse razonable que un pintor mediocre dé consejos a uno bueno?» [24 y 25].

Luego prosigue anotando lo que imaginó con respecto a un próximo encuentro con la muchacha y analiza todas las posibilidades que tenía de volver a verla. En primer término debe descartar la idea de encontrarla en un salón de pintura, porque, nos dice, «yo nunca iba a salones de pintura». Se siente obligado a contarnos el porqué de su ausencia de dichos lugares. Pero teme —siempre está temiendo nuestras malas interpretaciones— que no valga la pena explicarlo. Sin embargo, lo hace: no desea que crean, si no da una disculpa, «que es una mera manía, cuando en realidad obedece a razones profundas» [20]. Pues bien, no va a salones de pintura porque odia a la gente reunida:

«Detesto los grupos, las cofradías, los gremios y en general esos conjuntos de bichos que se reúnen por razones de profesión, de gusto o de manía semejante» [20].

De inmediato se detiene a justificar esta actitud:

«Esos conglomerados tienen una cantidad de atributos grotescos: la repetición del tipo, la jerga, la vanidad de creerse superiores al resto de los hombres» [20].

Al referirse a la «repetición del tipo» aprovecha para darnos a conocer su molestia por todo lo que sea repetición y nos relata una experiencia amorosa que cae en lo patológico: huyó de una mujer porque, al conocer a la hermana, comprobó que los rasgos de la otra aparecían «repetidos» en ella, pero caricaturizados.

La remembranza de este suceso lo obliga a referirse de inmediato a las «deformaciones de familia», y ellas le recuerdan a los pintores

que imitan a otros, que tratan de «repetirlos». Sin embargo, no olvida que está hablando de los grupos humanos y que él mismo, en segundo término, mencionó como desagradable en ellos su «jerga». Este término lo asocia de inmediato con el psicoanálisis, el comunismo, el fascismo y el periodismo, todos los cuales le son «repugnantes». Y aprovecha, naturalmente, para relatar una experiencia que fundamente su aversión por esta clase de gente. Al contárnosla, aparece la palabra «lenguaje» y no desperdicia la oportunidad de demostrarnos su pudor: le molesta el lenguaje obsceno, tanto que una vez sintió deseos de huir de una fiesta de psicoanalistas porque una dama, con un desparpajo que él consideró inadmisible, dijo a un colega:

—«En ese sueño domina el símbolo fálico.»

En este disgusto, que revela ante cualquier tipo de lenguaje en que se mencionan los órganos sexuales, se nos antoja ver una manifestación de la claustrofilia (entiéndase el término en sentido figurado) de los cerebrotónicos, quienes acusan molestia por todo lo que sea exposición demasiado abierta del alma o del cuerpo. No les agrada dormir ni nadar desnudos: menos les agradará, entonces, que se mencionen en voz alta o con descaro los órganos de la reproducción.

Cabe hacer notar que todo esto, y mucho más que pasamos por alto, lo dice Castel debido a que trata de explicar por qué era imposible que reencontrara a María en un salón de pintura.

Así es todo su relato, y además de su incapacidad para concentrarse en lo que cuenta y para dejar de lado lo que no interesa, evidencia desde el primer párrafo un apasionamiento terrible, apasionamiento que se revela, especialmente, en el tipo de adjetivos que emplea. Para él el presente es «horrible» y el mundo también (y esto es tan seguro, que no se da la molestia de dar razones); el dialecto de los críticos es «insoportable»; los pintores que imitan a un gran maestro son «malhadados» e «infelices»; el psicoanálisis, el comunismo, el fascismo y el periodismo le resultan «repugnantes»; los críticos de arte, todos, son «cretinos»; la humanidad entera, «detestable», etc. Asimismo, sustantiva adjetivos similares, de significación demoledora y despreciativa, para referirse a los otros seres humanos. Comúnmente, la gente para él es lo peor que se ha creado. Los grupos de hombres son «conjuntos de bichos»; los críticos «una plaga que nunca pude entender»; el primo de María, a quien ve por primera vez, «un abúlico y un hipócrita», etc.

La molestia que le causan las otras personas es producida, a veces, por un detalle físico que él agiganta y siente venírsele encima;

«Comenzaba a irritarme un lunar con pelos negros que esa mujer tenía en la mejilla», dice, cuando relata su infructuosa vuelta al correo en demanda de devolución de una carta insultante que acaba de certificar.

Castel conoce estos y otros defectos suyos, incluso su afán por los detalles («Me emocionan los detalles»; «Me fijo mucho en los detalles»); su ambivalencia afectiva que linda en la esquizofrenia; su nerviosidad; su propensión a la cólera; su honradez para arrepentirse y confesar sus culpas. Conoce, y de sobra, su crueldad en el amor, su desconfianza, su sociofobia y su demofobia. Lo único malo es que parece no percibir que su personalidad sufre un trastorno que tal vez un médico podría aliviar...

Castel es, pues, un individuo para quien su propia psiquis no encierra misterios. Pero sí para todos los demás, incluso para María, que, siendo tal vez la única persona que ha logrado conocerlo un poco, no percibe hasta qué punto se encuentra junto a un hombre peligroso. Seguramente, los que lo rodean piensan que es un individuo convencido de su propio valer, que se aparta de todos por considerarlos inferiores. Es probable que nadie capte que se encuentra frente a un ser angustiado y consumido por la hostilidad ajena y por un complejo de inferioridad.

La esquizotimia y la cerebrotonía castelianas se nos revelan, además, en su insociabilidad, en su hermetismo y en su reserva. Como muchos esquizotímicos que huyen de la sociedad, ha buscado un medio para contrarrestar la soledad practicando un arte: la pintura. En ella ha triunfado, pero no le concede importancia a su éxito, pues piensa que quienes critican su obra ni siquiera la entienden.

Su intelecto permanece en constante ebullición. Nos impresiona cómo un hombre que ha pensado mucho y que para todo tiene ya una respuesta elaborada y fundamentada. Posee gran capacidad de abstracción y tiende al pensar lógico, aunque su lógica adolezca de caracteres demasiado personales. Su modo particular de razonar, distinto al normal, hace que las conclusiones que extrae sean también diferentes a las que sacaría de ellos un individuo corriente («la experiencia me ha demostrado —dice— que lo que a mí me parece claro y evidente, casi nunca lo es para el resto de mis semejantes»), razón por la cual consideramos este rasgo suyo como propio de los paranoicos, lo mismo que su desconfianza y su extrema sensibilidad hacia los que considera desdenes. Pese a que tiene la tendencia a estar continuamente razonando (en forma silogística, como ya pudimos notar), no puede hacerlo con comodidad cuando hay alguien cer-

ca. La presencia ajena le molesta porque le impide pensar con tranquilidad.

«Al no poder darme cuenta de la raíz de esta tristeza, me ponía malhumorado, nervioso; por más que trataba de calmarme prometiéndome examinar el fenómeno cuando estuviese solo» [108].

Esta intensa vida psíquica de Castel, probablemente, se agudiza debido a su falta de relaciones con el mundo exterior. Esto lo conduce también a fantasear y a vivir sucesos en la imaginación. Lo último se le produce especialmente en sus noches de insomnio, en las que, «teóricamente», se muestra mucho más decidido que en el día frente a los hechos concretos. Esta costumbre de fantasear y vivir sucesos en la imaginación lo introduce en los peligrosos senderos de la mitomanía: se forja ideas de las que nadie puede sacarlo, salvo un posterior razonamiento.

Como narrador de sus desventuras, Castel no se revela como un perfecto esquizotímico, ya que se caracteriza por la extremada prolijidad y detallismo, rasgos propios del ciclotímico. Su prolijidad, sin embargo, la interpretamos como una condición esquizofrénica, ya que los esquizofrénicos poseen una excelente memoria, pero carente de capacidad selectiva. Así, por ejemplo, cuando evoca su llegada a la estancia de Hunter y sus conversaciones con éste y Mimí, recuerda una pregunta que le hizo ella y la consigna en el relato, pero se autocorrige:

«No, ahora recuerdo, eso me lo preguntó después que bajamos» [103].

Como vemos, el hecho carece por completo de interés, pero el prolijo Castel, que lo recuerda, no puede dejar de decírnoslo y, no sólo eso: no quiere que haya ningún error o falta a la verdad absoluta en su confesión.

Rasgos esquizofrénicos son también su facilidad para las asociaciones que lo alejan del tema inicial; su actitud de distanciamiento del mundo; su autismo; el delirio de persecución y el de significación que evidencia cuando da interpretaciones subjetivas y erradas a los hechos que ocurren en torno suyo; las continuas sensaciones de horror y desesperación; su sentimiento de encontrarse solo en el mundo y las alucinaciones que tiene cuando está seguro de que María acaba de sonreír (lo que es falso).

Los rasgos del cerebrotónico que Kretschmer señala para el esquizotímico, y también los que Sheldon agrega, se dan en nuestro personaje. La sobrerrespuesta fisiológica la observamos en la reac-

ción de su piel a la picada de los piojos de la cárcel. Todas sus reacciones, por otra parte, son más que rápidas, tanto en los movimientos como en la respuesta oral y en el pensamiento. Su disgusto ante la espera es notorio y lo manifiesta poniéndose nervioso o montando en cólera, cólera que demuestra ante la persona esperada, inclusive.

El afán introspectivo de Castel es permanente, enfermizo: cae en la manía. Su inseguridad también tiene iguales características, ya que la desconfianza es una constante en su personalidad. Como a todo cerebrotónico, le falta autodominio. Sus emociones hacen presa de él y lo trastornan por completo, en especial cuando desea impresionar favorablemente. Recordemos que cuando está a punto de entrar en relaciones amistosas con María, frases y más frases que había elaborado semanas antes forman un tumultuoso rompecabezas en movimiento y no atina más que a decir sandeces.

Cuando asiste (porque un conocido prácticamente se lo impone) a un coctel de la Sociedad Psicoanalítica, se siente desesperado ante el ambiente espeso de gente reunida (demofobia), a la que juzga grotesca. El lenguaje que emplean los asistentes, que le parece sucio, le molesta hasta el punto de producirle desazón física. Pretende buscar refugio, arrinconarse, pero todos los sitios están atestados y no tiene más remedio que huir.

Sus relaciones, en general, no pueden preverse, puesto que pasa sin transición de uno a otro estado anímico totalmente opuesto y desconcertante.

Sus problemas psíquicos le impiden conciliar el sueño. Como vive torturado por dificultades reales o imaginarias, duerme muy poco. Pretende narcotizar su desesperación con alcohol, pero éste lo abate y lo deprime aún más, ya que la inquietud anterior se le transforma en una angustia intolerable.

Un solo rasgo somatotónico hemos advertido en nuestro personaje, y es éste la facilidad (propia de la característica insensibilidad psicológica del mesomorfo) para racionalizar el acto de matar, que no le despierta escrúpulo de conciencia alguno. Con una frialdad abismante nos dice:

«Hasta cierto punto los criminales son gente más limpia que otros humanos, más inofensiva; esta afirmación no la hago porque yo mismo haya matado a un ser humano: es una honesta y profunda convicción. ¿Un individuo es pernicioso? Pues se lo liquida y se acabó. Eso es lo que yo llamo una *buena acción.* Piensen cuánto peor es para la sociedad que ese individuo siga destilando su veneno y que en vez de eliminarlo se quiera contrarrestar su acción recurriendo a

anónimos, maledicencia y otras bajezas semejantes. En lo que a mí se refiere, debo confesar que ahora lamento no haber aprovechado mejor el tiempo de mi libertad liquidando a seis o siete tipos que conozco» [12].

Castel no posee esa «orientación hacia los períodos avanzados de la vida» de que habla Sheldon, ya que está convencido —como buen neurótico— de ser un obstáculo en su propia vida, de que no podrá jamás alcanzar la felicidad. La infancia y la juventud han sido para él edades penosas; pero su edad adulta también. Para él no hay remedio. Mil veces ha deseado suicidarse, y, pese a que el suicidio, después de su crimen, es una necesidad y una liberación, sigue viviendo. Continúa en su túnel, pero solo... Ha visto que ese túnel que era para él su vida solitaria, oscura y sin perspectivas, no pudo acercarse al otro túnel, al de María, que los pasadizos no lograron comunicarse y que deberá continuar irremediablemente solo, pero ahora encerrado en los herméticos muros de ese infierno que es la cárcel.

MYRIAM BUSTOS ARRATIA y RAUL J. TORRES MARTINEZ

Apartado 440 San Pedro
San José
COSTA RICA

BIBLIOGRAFIA

Ahumada, Oscar: *Psicología fundamental,* Santiago de Chile, Departamento de Publicaciones del Liceo Experimental «Manuel de Salas», 1959.

Freud, Sigmund: «La interpretación de los sueños», tomos VI y VII de las *Obras completas.* Traducción directa del alemán por Luis López-Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 1923.

Horney, Karen: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo,* Buenos Aires, Biblioteca de Psicología Profunda, Editorial Paidós, 1951.

Kretschmer, Ernesto: *Constitución y carácter,* España, Editorial Labor, Sociedad Anónima, 1947.

Sábato, Ernesto: *El túnel,* Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1951.

Sheldon, William y S. S. Stevens: *Las variedades del temperamento.* Psicología de las diferencias constitucionales, Biblioteca de Caracterología y Tipología, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1955.